

POLEMICA

IMPOSIBILIDADES PARA LAS CIENCIAS DE LO HUMANO.

Una ideología profesional: la concepción "misionera" de las ciencias sociales*

Enrique Pedro Haba

Aunque desechados como instrumentos para el control de la naturaleza, los encantamientos continúan siendo más eficaces para manipular multitudes que los argumentos lógicos, de modo que en el gobierno de las cuestiones humanas la brujería sigue siendo más fuerte que la ciencia.

S. Andreski

Die Leidenschaft verspricht etwas. Unser Gerede dagegen ist kraftlos.

Wittgenstein

Las ilusiones nos son gratas porque nos ahorran sentimientos displacientes y nos dejan, en cambio, gozar de satisfacciones. Pero entonces habremos de aceptar sin lamentarnos que alguna vez choquen con un trozo de realidad y se hagan pedazos.

Así, pues, los argumentos lógicos serían impotentes contra los intereses afectivos, y por eso el luchar con razones —las cuales, según Falstaff, son tan comunes como las frambuesas— es tan estéril en el mundo de los intereses.

Así, me falta el ánimo necesario para erigirme en profeta ante mis contemporáneos, no quedándome más remedio que exponerme a sus reproches por no poder ofrecerles consuelo alguno. Pues, en el fondo, no es otra cosa lo que persiguen todos: los más frenéticos revolucionarios con el mismo celo que los creyentes más piadosos.

Freud

La gente que se interesa en los seres humanos sólo si puede cambiarlos, convertirlos o reformarlos, encontrará la sociología mucho menos útil de lo que esperaba.

P. Berger

Una crítica de la Razón política no tiene, pues, alcance "positivo", sino negativo: pretende el conocimiento de los límites immanentes a toda empresa política. En este sentido, está en su naturaleza frustrar el deseo y cortar el impulso.

R. Debray

Science is but a small power.

Hobbes

* Este trabajo está desarrollado en tres artículos de los cuales, este es el primero.

Resumen

*Los científicos sociales se autoconciben,
y así suelen presentarse
mediante sus propios discursos,
como si estuvieran llamados a,
y en capacidad de,
cumplir una labor socialmente "útil" (Misión)
—i.e. más allá de lo académico-cultural—:
ceden al wishful thinking
y ante populares mitos
tecnocrático-cientificistas.
Legitimados por esa ideología profesional,
se les confía tareas como "expertos",
pues la gente cultiva tales ilusiones.*

I. UNA DISYUNTIVA FUNDAMENTAL: LA CONCEPCION "MISIONERA" Y LA CONCEPCION "TEORETICA" EN LAS CIENCIAS SOCIALES

El tema propuesto: "Reflexionar sobre los cambios acontecidos en el ámbito de las ciencias humanas y sus eventuales aplicaciones"¹, rebasa con mucho mis conocimientos y también mis facultades de síntesis. Habría que estar —no es mi caso— en condiciones de ofrecer una visión panorámica tan informada y concisa, a la vez que inteligentemente comentada, como aquella que, por ejemplo, Bell

(1982) supo presentar años atrás. Por mi parte, considero aceptable remitirme en lo esencial a dicho estudio², pues no estoy enterado de que, digamos de 1980 en adelante, hayan surgido unas perspectivas científicas que sean radicalmente nuevas —pedanterías aparte— para solucionar *eficazmente* los problemas fundamentales que se presentan en la convivencia humana. Probablemente sigue siendo cierto, o todavía más cierto que cuando fue escrito (hace casi cuarenta años), el comentario de un conocedor eminente:

"Aunque centenares de miles de investigadores han estado trabajando en las especialidades psicosociales durante más de un cuarto de siglo, [lo cierto es que] a pesar de los millones de horas y de la indecible energía gastada en las investigaciones sociológicas y psicológicas, de los millones de dólares invertidos en estas investigaciones y de los millares de

1 El presente estudio es una reconstrucción, con ampliaciones, de la exposición que el autor efectuó en el ciclo "Las ciencias sociales frente a un mundo cambiante: balance y perspectivas" (Jornadas de Reflexión), llevado a cabo entre mayo y noviembre de 1993, organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica. Esa exposición tuvo lugar en el Primer Foro (28 de mayo) de dicho ciclo, ocasión consagrada al tema "Las ciencias humanas: transformación social, emergencia y decadencia de esferas de conocimiento", para el cual se indicó como objetivo: "Reflexionar sobre los cambios acontecidos en el ámbito de las Ciencias Humanas y sus eventuales implicaciones. De especial interés: 1) Derrumbamiento de fronteras disciplinarias, 2) Cambios Epistemológicos, 3) Diferentes opciones metodológicas, 4) Nuevos enfoques (Género, Etnico, De minorías, etc.) y nuevas esferas objetuales, 5) Interdisciplinariedad, transdisciplinariedad, paradigmas globales y multiplicidad de enfoques". Véase también Haba (1994) como complemento y anticipación de los desarrollos que se presentan aquí.

2 Desde luego, siempre se pueden señalar omisiones en toda visión panorámica. En el caso de la de Bell, pienso que ahí no se debería haber omitido considerar unas orientaciones tan fundamentales como, por ejemplo, las representadas por Berger/Luckmann (1968) y Wittgenstein. Pero es probable que tal omisión haya sido advertida por el propio autor, ya que él hace una advertencia en cuanto al "mandato que me impuse de no hacer incursiones en la filosofía [...] ni en la literatura, igualmente vasta, sobre los fundamentos epistemológicos de las ciencias sociales" (Bell 1982: 18).

cursos y seminarios dados sobre estas disciplinas en las universidades, de la prodigiosa expansión de la industria psicosocial, los resultados netos creadores han sido desilusionantes. [...] Resumiendo: en pequeña escala, el período ha producido cierto número de estudios eruditos y valiosos, pero son obras pedestres de mediocridades laboriosas. Ninguna de ellas revela la huella de un gran creador sociológico o psicológico”³.

Por ejemplo, la “muerte” del marxismo es cosa que en la discusión filosófica, y tanto más para el conocimiento propiamente científico, había tenido lugar ya desde hace mucho tiempo: las necesarias discriminaciones *teóricas* respecto a dicha doctrina(s), de sus aciertos y sus errores, por lo menos en cuanto a su cuerpo central de ideas. No hubo que esperar, por cierto, a que despuntara la actual década del noventa para enterarse de las debilidades que afectan al pensamiento de Marx y Engels, y ni qué hablar sobre las del leninismo-estalinismo. Eso había sido suficientemente explicado mucho antes, una y otra vez, por autores de variadas tendencias, en toda clase de publi-

caciones. Claro, hubo quienes no quisieron darse por enterados —y no fueron pocos—... ¡pero eso es otra cosa! Nada verdaderamente nuevo se supo por la *perestroika* en cuanto se refiera al marxismo-leninismo como “ciencia”, ni fueron unas *ciencias* sociales quienes contribuyeron en lo más mínimo a provocar dicho fenómeno político reciente y todas sus consecuencias prácticas, así como tampoco llegaron los científicos de esas ramas a preverlo.

Pues bien, no pudiendo abarcar un tema tan amplio como el propuesto, dirigiré mi atención solamente hacia uno de sus subtemas entre los señalados en el programa: “3) Diferentes opciones metodológicas”⁴. Se entiende que estamos hablando de las ciencias sociales o “ciencias humanas”. Pero prefiero sustituir esta última denominación por “ciencias de lo humano”, formulación que me parece sintácticamente más correcta para lo que, supongo, se quiere aludir ahí. De todas maneras, y sea o no que todas esas denominaciones se tomen como sinónimas, está claro que nos referimos a disciplinas como las siguientes: sociología y politología, antropología, economía, lingüística, derecho, etc. A lo largo de este trabajo tomaré como ejemplo principalmente la sociología, mas lo que diré respecto a ella y a los sociólogos se aplica también, en grandes líneas, a otras disciplinas, como las mencionadas.

Ese subtema lo abordaré sólo desde el ángulo más general. Consideraré las consecuencias de una bipartición básica que estimo fundamental para determinar la orientación de cualquier estudio en materia social: la opción entre dos grandes direcciones metodológicas en esas ciencias, las orientaciones que denomino respectivamente *positivo-estandarizante* y *negativo-heurística* [cf. Haba 1994]. Tal división tiene mucho que ver, a mi juicio, con una cuestión decisiva: la de saber para qué “sirven”, o puedan llegar a servir, dichas ciencias. También a este respecto, la alternativa clave se da entre dos concepciones muy distintas.

Una de ellas, la que podemos llamar “medicinal” o *misionera*, goza de más amplia difusión y simpatías entre los científicos sociales. Parte de la base de que estos se hallan en condiciones de intervenir como *guías*, de al-

3 Sorokin (1964): 397 y 405. Y hay, también, “unos cuantos sociólogos y psicólogos que fueron [lo] bastante ambiciosos [como] para crear su propia ‘estructura analítica’, para crear una nueva teoría general de la acción o interacción social o de un sistema cultural o social, que serviría como fundamento, como sistema referencial y como guía para una vasta investigación especial. Estos ‘ambiciosos teóricos’ han soñado que son el Newton de la sociología y el Galileo de la psicología... [...] Pero, ¿quizá ofrecen estos sistemas uniformidades empíricas recién descubiertas o correlaciones de variables empíricas causal-probables, o una serie de hechos empíricos de naturaleza muy importante o una notable interpretación de datos empíricos? ¡Ay! No ofrecen conocimiento alguno de esta clase, por la sencilla razón de que casi no tienen material empírico. Intentando ser sometidas a prueba empíricamente, las teorías se mueven en un reino metaempírico de abstracciones que raramente tocan la región empírica prosaica. Desde el punto de vista de la exploración empírica y de hallar hechos, no añaden nada nuevo a nuestro conocimiento de los hechos y relaciones psicosociales” (*ibid.*: 398 y 403-404). [Ahí Sorokin alude a Parsons y Cía. Por mi parte, no puedo evitar de pensar en Habermas...] Cf. Sorokin (1964): *passim* y esp. el resumen en el cap. XIII.3.

4 Cf. *supra* nota 1.

guna manera, en el desarrollo de los procesos sociales. Considera que su ciencia es o ha de ser fundamentalmente "práctica", en el sentido de que está llamada a ejercer una influencia decisiva en la marcha misma de los procesos sociales. Ella puede lograr encaminarlos, se piensa, de la manera más adecuada.

La otra concepción es pocas veces confesada en público, pues reconoce, por el contrario, que los conocimientos obtenidos por estas disciplinas tienen magras posibilidades de ser aceptados en su verdadero alcance, y mucho menos de ser utilizados como tales en la práctica, por parte de los protagonistas mismos de las dinámicas sociales. Así, quiéranlo o no los cultores de aquellas, sus conocimientos profesionales están destinados más bien a no trascender, en general, del mero nivel de las comprobaciones científico-teóricas. Se reconoce, de tal manera, que esos conocimientos resultan inofensivos, por fuerza, salvo para lograr algún que otro "acomodo" secundario de lo que pasa efectivamente —esto, casi siempre más allá de las posibilidades efectivas de intervención de unos sociólogos— en el plano de los fenómenos políticos y, en general, sociales que se dan en la realidad.

Pienso que esta alternativa, la disyuntiva entre tratar de hacer una ciencia social "práctica" o conformarse con cierta labor intelectual que más que nada es teórica simplemente, concierne al eje mismo del foco de atención central a que parece estar dirigido el presente ciclo. Se trata, sobre todo, de examinar las relaciones que puedan existir entre unos discursos de las ciencias sociales y unas transformaciones en la realidad social misma⁵. Ahora bien, el propio planteamiento de los temas en él propuestos da la impresión de significar desde ya una toma de posición que se revela como pre-juiciada desde la base, en el sentido de dar por aceptada sin más, implícitamente, la concepción "práctica" respecto a esas cien-

cias. Esto implica ni más ni menos que suscribir la tendencia *misionera* en la (auto)comprensión de ellas, cosa que funciona —lo demuestra el programa— como una precomprensión tan honda como *a-críticamente* arraigada en la conciencia corriente de los cultores de esas disciplinas. Constituye, puede decirse, su ideología profesional. Las observaciones que traeré a colación, si me atrevo a presentarlas aquí es simplemente porque, aunque las considero tan elementales como obvias, parecen no serlo tanto para la gran mayoría de los científicos sociales⁶, a juzgar por mucho de lo que se afirma en sus discursos.

II. EL MITO ACERCA DE LOS ACTORES SOCIALES COMO "DECIDIDORES RACIONALES" (LAS INSTITUCIONES CONCEBIDAS COMO "APARATOS"). IMPOTENCIA DE LOS CIENTÍFICOS SOCIALES (NO SON "MAQUINISTAS")

Veamos lo de las relaciones entre ciencias sociales y transformación de las sociedades. Suele darse por aceptado que tales relaciones existen, por influencias en ambas direcciones: por un lado, conocimientos de ciencias sociales que son utilizados para alcanzar efectos sobre acontecimientos colectivos; pero también, a la inversa, la realidad social misma repercute sobre todos o parte de los contenidos teóricos de dichas ciencias.

Ahora bien, lo cierto es que eso varía enormemente según las clases de aspectos a que se haga referencia. A mi juicio, no tiene mucho sentido aventurar alguna conclusión general al respecto, salvo que nos contentemos con expresarla en términos tan vagos co-

⁵ Véase, además del programa para el Foro al cual correspondió mi exposición (*supra* nota 1), los temas propuestos para otros Foros de ese Ciclo: III. El cambio social y la transformación de las Ciencias Sociales, IV. Las Ciencias Sociales en el contexto de la transformación universitaria, VI. Las Ciencias Sociales y la supervivencia del planeta y la especie.

⁶ Las puntualizaciones esenciales acerca de los "achaque y manías" en las ciencias sociales y la "brujería" a que ellas dan lugar, se conocen —para quienes no prefieran apartar la vista— desde tiempo atrás: cf. los abrumadores análisis de Sorokin (1964) y también las agudas observaciones de Andreski (1973). Por mi parte, he de poner el acento sobre lo de la "misión" y en algunos aspectos conexos con tal ideología, cuestiones en que no se detienen estos dos libros; desde luego, no dejaré de basarme también en lo que se explica allí y asimismo en observaciones de otros autores. [La cita de Andreski (1973) ubicada en el epígrafe del presente trabajo pertenece a la pág. 113.]

mo, por ejemplo, los de unos principios de la “dialéctica”, sea hegeliana o marxista. La verdadera cuestión es saber *cuándo* se dan esas influencias y, más aún, *cuáles* son específicamente. Vale decir, que ahí debe quedar aclarado también cuáles *no* se dan: ¿posibilidad de falsación! Habría que precisar bien en qué *medida* y bajo qué *condiciones* ellas tienen lugar... ¡o no! Y más que nada, tener claro hasta qué punto y de qué manera pueda eso ser *MANIPULADO* por la intervención consciente y exitosamente finalista de seres humanos.

Para lo que me interesa subrayar aquí, importa principalmente esto último: ponderar lo que dicen la gran mayoría de los científicos sociales, cuando menos en forma implícita, respecto a esas posibilidades de manipulación. Se trata de la influencia *positiva* que, según ellos, los saberes alcanzados en su respectiva disciplina están en condiciones de aportar para la transformación social, sea por unas u otras vías, en la dirección que esos mismos científicos consideren del caso impulsar. Voy a someter a crítica esta idea, tan importante (como ilusa) para la autoestima del científico social. Idea que le sirve también, no pocas veces, como carta de presentación para justificar remuneraciones profesionales que él recibe por brindar un trabajo que se supone “útil”.

Sostendré una opinión que puede sonar algo extraña, para muchos. Lo es, ciertamente, confrontada con el utilitarismo científicista que domina en la literatura académica acerca de lo social: vale decir, aquellas tesis en que abundan los libros con éxito de ventas y más citados en este ámbito, las ponencias en los congresos de especialistas de esas ramas, etc. Subrayaré que, si se juzga por la influencia *efectiva* de dichas disciplinas sobre los acontecimientos sociales en general, la verdad es que ello se da en grados señaladamente más débiles y poco frecuentes de cuanto suele pregonar como cosa posible, o hasta como si fuera una realidad, la (auto)propaganda de los científicos sociales. Hay mucho de mito ahí, de megalomanía provocada por el *wishful thinking*, o que es, simplemente, hija del narcisismo propio de las autopresentaciones –ideología profesional– que cada gremio propala sobre sí mismo. Los sociólogos suelen presentar sus contribuciones como si se tratara del cumplimiento de una especie de “misión” que, si aceptamos el autobombo de sus locutores

profesionales, constituye el destino primordial de cada una de las ciencias sociales. En asumir tal tesis como una verdad obvia se asienta buena parte de los diagnósticos que efectúan esos científicos; y sobre todo, la creencia en los “remedios” que cada uno de ellos, cuando se le consulta, presenta en sus informes.

Ahora bien, imaginarse que el discurso de dichas ciencias, en cuanto tales, pueda ser determinante para organizar una colectividad o provocar cambios esenciales en ella, es simplemente cerrar los ojos a lo que siempre han sido, y siguen siendo, los comportamientos corrientes de las personas de carne y hueso. En la práctica, las conductas de estas no constituyen –valga una observación que debería ser trivial– la actuación de unos fantásticos “decidores racionales”⁷, al uso de programas como esos mundos de potenciales razonadores que nos pintan, por ejemplo, Rawls o Habermas⁸. Las concepciones prometeicas,

7 Tomo esta expresión, aunque introduciéndole un pequeño cambio para adaptarla mejor a lo que me interesa subrayar aquí, de J. Muguerga, quien habla de el Preferidor Racional (1977: cap. VII, esp. 241 ss.); este autor se refiere, al criticar dicha figura, fundamentalmente al papel (supuesto) que ella desempeña, según muchos analistas del discurso ético, en tal clase de discursos.

8 Tomo como ejemplo, aquí y en otros sitios del texto, unas especulaciones como las de Rawls y Habermas, simplemente porque estos son, al parecer, los autores actuales más afamados de una línea de estudios característicamente escapista. Me refiero a eso que está de moda, en análisis sobre el pensamiento ético y en general el político-social, bajo el rubro del llamado “constructivismo”. Tal manera de considerar dichas cuestiones, esto es, mediante unas sutiles cogitaciones imputadas a los actores sociales (imaginarios), permite desentenderse de las mentalidades empíricas de los protagonistas cotidianos de las relaciones humanas, para dedicarse, en cambio, a divagaciones sobre modelos de razonamiento que, por el contrario, brillan casi siempre por su ausencia en la práctica. Claro que entre unos y otros modelos de esa clase no faltan diferencias de detalle; cosa que, por cierto, tiene la ventaja –para la profesión académica en las ciencias sociales– de dar pretexto a las más minuciosas discusiones entre los especialistas en esas escolásticas. De Rawls (el extremo más delirante) a Habermas (quien no deja de mezclar sus pedantes excursos sobre el pensamiento de mil y un autores con ciertas observaciones realistas), hay fórmulas de “decidores racionales” para todos los gustos, fieles compañeros en el vuelo al *topos uranos* que cada autor prefiera.

poiéticas, en las ciencias de lo humano pasan por alto nada menos que el dato más elemental, y fundamental, de su materia de estudio: las características *empíricas* del “referente” (putativo) de sus discursos teoréticos, saber cómo reaccionan los seres humanos reales.

Tratándose de estos mismos, no estamos, quiérase o no, ante unos “constructos” racionales elaborados *a piacere* en el escritorio de autores ingeniosos. Entonces ya no sirven unos pedantismos reconfortantes, por más vendibles que esos enfoques galáxicos sean en las librerías a los consumidores de tal tipo de literatura académica. En la PRACTICA social, tienen eficacia solamente los impulsos psicológicos *reales* que constituyen los móviles de las actuaciones *reales* de los hombres *reales* en circunstancias sociales *reales*. ¡Nada que ver con aquellos decididores racionales, al gusto de Rawls o Habermas... y menos que menos actualmente, en nuestras sociedades telebolicadas!⁹. Sin embargo, desde el limbo de sus discursos académicos, y contando con el refuerzo psicológico proporcionado por el hecho de que sus congéneres profesionales cultivan

más o menos la misma clase de conversación, el sociólogo puede darse el gusto —y además se lo pagan— de imaginarse que ni los políticos ni los ciudadanos son como los seres humanos corrientes. O que, en todo caso, van a dejar de serlo cuando él se ponga a ayudarles con sus buenos consejos profesionales.

Las ciencias sociales no han tenido ni tienen —antes, ahora y tal vez siempre— sino influencia muy escasa en los procesos de la vida colectiva. Aclaro: “influencia” en el sentido de poder *dirigir*, de acuerdo con unos planes conscientes y expresamente formulados por científicos de esas ramas, la vida social hacia determinada dirección, que sea *precisamente* la prevista e impulsada por esos científicos; pues en tal caso habría que asumir, *a contrario sensu*, que sin dicha intervención intencionada, dirigida por algunos de ellos, las cosas tomarían un rumbo muy distinto en la práctica.

No me estoy refiriendo a las consecuencias *no* intencionales que puedan seguirse de poner en práctica, real o supuestamente, las ideas de unos teóricos sociales. Se trata de otra cosa: ellos suponen que ahí se van a cumplir los rumbos trazados *expresamente* por gente de su gremio. En la práctica, empero, no es eso lo que suele darse. Por lo general, los científicos sociales son impotentes para “enderrezar” los principales problemas prácticos. No digo, entiéndase bien, que las ideas de algunos (muy pocos) autores entre los de dichas disciplinas no hayan podido tener efectivamente *ciertas* consecuencias de hecho sobre acontecimientos sociales de gran alcance. Pero ahí la palabra “consecuencias” se refiere a algunas que, si bien existieron y tal vez aún subsisten (y aunque de hecho ellas se deban, por lo menos en parte, a palabras pronunciadas por aquellos), se trata de unos efectos, los reales, que al fin de cuentas no fueron ni los previstos ni los deseados por los autores en cuestión.

El ejemplo más patente de ese desfase entre el proyecto social y la realidad son las ideas de Marx, asumidas por tantos sociólogos hasta hace muy poco tiempo. Sin algunas de ellas, es claro que no hubiera habido un Lenin, un Stalin, etc., ni, por tanto, el tipo de organizaciones sociales que estos llegaron a establecer. Empero, aun aceptando el rótulo de “científicas” para esas ideas (lo que no es poco conceder), sería absurdo imaginar que

⁹ ¡Por ejemplo, cuánta sabiduría encierra este viejo “comentario de Wittgenstein sobre la Unión Soviética... : ‘Die Leidenschaft verspricht etwas. Unser Gerede dagegen ist kraftlos’ [La pasión promete algo. Contra ello, nuestra charla es impotente]! (cit. en Pitkin 1984: 455, nota 1). Para una apreciación realista del endeble papel que juega la racionalidad en la determinación de las conductas sociales, cf. p. ej., además de Freud (1970), las conocidas puntualizaciones de Schumpeter (1974: esp. 244-259) y también lo que dice Schutz (1974: 70-91, esp. 83-84); o bien véase, de data más reciente, el implacable libro de Debray (1983). Por cierto, ¡cuánta razón tenía un profesor francés en decir, hace ya muchísimos años: “El hombre reúne tan considerables muestras de extraordinaria ignorancia, que, para estar de acuerdo con la realidad de las cosas, sería preciso denominarle todo lo contrario [de ‘Homo sapiens’], llamándole: ‘Homo stultus’ u hombre estúpido”! (Charles Richet, *El hombre estúpido*, Casa Editorial Araluce, Barcelona, s/f., p. 5); véase también, p. ej., el estupendo (y probablemente todavía más viejo) libro de Max Nordau, *Las mentiras convencionales de la civilización*, Editorial TOR, Buenos Aires. [Cf. los pasajes de Freud (1970) recogidos en nuestro epígrafe, que pertenecen, respectivamente, a las págs. 102, 110 y 87; y la cita de Debray (1983), allí, es de la pág. 55.]

Marx previó o persiguió intencionalmente que se produjera algo así como el “socialismo real”. Lo de Marx, si bien se mira, significa antes bien la ilustración más neta de cuánto NO PUEDE lograr ninguna teoría social como base para proyectos realizables. Los efectos reales que tuvieron sus ideas muestran a las claras la inevitable ineficacia a que todo teórico de lo social –sean cuales fueren sus conocimientos, científicos o no– se encuentra condenado en cuanto a las posibilidades de *manipular* (planificar) la dinámica de lo colectivo. Conseguirá organizar científicamente, ¡y esto en el mejor de los casos!, nada más que lo relativo a algunos detalles secundarios, que permanecen siempre subordinados a los grandes y demasiado a menudo imprevisibles dinamismos *proprios* de las conductas humanas.

El ideólogo o el político, estos sí, pero justamente porque sus propósitos NO son científicos, pueden tener unas intervenciones más decisivas, sobre todo en cuanto a ciertos aspectos de la organización social formal (leyes) y en la distribución de privilegios o sanciones. Aun así, gran parte de lo que pasa en la “vida” social misma escapa a la posibilidad de que ellos lo determinen sustancialmente. El “socialismo real” fue causado, en buena medida, por disposiciones que tomó Stalin, pero no puede decirse que el resultado haya sido propiamente, ahí, lo que este mismo hubiera anhelado obtener como realidad social: ordenar *eficientemente* la vida económica y en general los servicios estatales, para “superar” al capitalismo.

La vida social no es cosa que se resuelva, en general, siguiendo las indicaciones de científicos sociales. Allí es cuestión sobre todo de ideologías, tradiciones, intereses, pasiones, costumbres, etc., mezclados con toda clase de imprevistos. El sociólogo puede tal vez describir qué ocurre, ya sea en cuanto a unos fenómenos de superficie o llegar a detectar ciertas líneas de fondo, pero él tiene pocas posibilidades de influir grandemente sobre estos acontecimientos. Los científicos sociales no son, ni pueden ser, como unos “maquinistas” de la conducta colectiva. Sencillamente, porque los hombres no son “máquinas”, ellos mismos, ni lo son las instituciones cuya “vida” resulta de las semicaóticas relaciones que se dan entre las conductas de estos. Lo que los individuos hacen en la sociedad responde bá-

sicamente a factores tan múltiples como escasamente racionales: universos simbólicos ideológicos, predominio de la afectividad y de la ignorancia, inercia de las ideas recibidas y de los modelos de conducta inspirados en estas, intereses proteiformes volcados a toda clase de contradicciones (también existen coincidencias) en sí y entre sí, imposibilidad de sujetar el conjunto de esos intereses y conductas a un verdadero “sistema” general que resulte viable en la práctica, etcétera.

La razón de fondo de todo eso reside en lo profundamente inconsistentes que son múltiples aspectos de cuanto compone la naturaleza humana, los cuales se enfrentan unos con otros en sus interacciones y hasta se autocontradicen. Ello se pone una y otra vez de manifiesto en la conducta personal de cada individuo, y todavía muchísimo más si se considera la de cualquier conjunto de estos. Se trata, en definitiva, de aquello que señalaba Montaigne: “El hombre es un sujeto vano, veleidoso, inestable, maravilloso, acerca del que es muy difícil formar un juicio cierto y uniforme”¹⁰. El error clave de los Rawls, Habermas, etc., es no haber empezado por tomar suficientemente en cuenta el dato más elemental y dominante de la vida social:

“Carecemos, cruelmente, de un conocimiento de la afectividad. En tanto, que ese vacío esté, si no colmado, al menos camuflado, la ciencia política permanecerá en la infancia, es decir, afectada de *intelectualismo*. [...] Estaríamos hoy más adelantados si, como prólogo a la enésima teoría del Estado [o de la sociedad: p. ej. lo de la “acción comunicativa” como base de las ciencias sociales (Habermas)], de la autogestión o de los futuros espacios de soberanía, los especialistas de la ciencia política [y en general los de las ciencias sociales] nos donasen un estudio de la pena, o del odio, o de la alegría (militante o creyente)” (Debray 1983: 159 –el destacado y los agregados entre corchetes son míos, E.P.H.–).

¹⁰ Cit. en Sorokin 1964: 78. Cf. también Freud (1970: esp. 109-110) y Berger/Luckmann (1968: *passim*).

Por eso está llamada a fracasar, inevitablemente, toda teoría de "sistemas" (si tal palabra se toma en algún sentido riguroso) para la vida colectiva, dado que esta última es cualquier cosa MENOS un orden *racional* de conductas. Y por eso mismo, igualmente, resulta inadecuada "cualquier interpretación funcionalista de las instituciones, ya que tiende a buscar practicidades [*i.e.* una razón instrumental] que, de hecho, no existen" (Berger/Luckmann 1968: 151, nota 92).

Al pensamiento de lo social, tanto el cotidiano como así también el de las ciencias respectivas, en conjunto le es aplicable, *mutatis mutandis*, la tan acertada observación de Gustav Radbruch sobre la interpretación jurídica. En efecto, tanto el derecho como las ideas sociales en general contienen "*una mezcla indisoluble de elementos teóricos y prácticos, cognitivos y creativos, reproductivos y productivos, científicos y supra-científicos*" (cit. en Haba 1990: apartado I *in limine*). Basta con no cerrar los ojos a cómo funciona *realmente* el pensamiento de los hombres *de carne y hueso* que son ahí los protagonistas reales, no de congresos de filosofía pero sí de la vida cotidiana. A estos, por cierto, los tiene completamente sin cuidado unos "discursos" tipo Habermas o la "posición original" de Rawls:

"Su acervo de experiencias se construye a partir de la herencia y la educación, las múltiples influencias de la tradición, los hábitos y su propia reflexión previa [reflexión que, cuando tiene lugar, discurre mediante mecanismos y por caminos que ni remotamente se parecen a las sutiles "construcciones" con que sueñan los Rawls, Habermas-Apel, etc.]. Abarca los más heterogéneos tipos de conocimiento de un modo muy incoherente y confuso. Se mezclan experiencias claras y nítidas con vagas conjeturas; se entrecruzan suposiciones y prejuicios con evidencias bien establecidas; se entrelazan motivos, medios y fines, así como causas y efectos, sin una clara comprensión de sus conexiones reales. Hay por doquier lagunas, interrupciones y discontinuidades" (Schutz 1974: 77).

En fin, si prescindimos de fantasías intelectualistas como aquellas en que se entretienen los teóricos sociales más sofisticados, y sus innumerables comentaristas, la cuestión de detectar o proponer conductas racionales como pauta fundamental de los actores *reales* que conforman la dinámica social es algo así, o poco menos, como tratar de entender o planificar lo que hacen los caballos de verdad por unos parecidos con la dinámica de los caballos en el ajedrez. (Pero alguna similitud entre ambos podrá haber, seguramente; y tal vez sea dable encontrar, ¿por qué no?, algún habermasito a quien pueda interesarle fundar, en ella, cierta "pragmática universal" de lo equino.)

No obstante, las ciencias sociales —en la medida en que pretendan y logren ser verdaderamente *ciencias*— tratan de alcanzar una comprensión que sea lo *mas* RACIONAL posible de su objeto de referencia. ¿Qué quiere decir esto?¹¹ a) La ciencia es un discurso "racional", digo, ante todo por lo *realistas* que deben ser esos conocimientos para pertenecer a ella; en cambio, la gente —el hombre corriente y también más de un científico social— alimenta toda clase de prejuicios y mitologías acerca de la realidad social. b) El discurso científico es "racional", asimismo, por lo que se refiere a la *coherencia* de las indicaciones para la conducta que la ciencia en cuestión pueda extraer de tales conocimientos realistas; en cambio, la gente actúa bastante racionalmente solo en ciertos ámbitos personales muy restringidos (en algunas de sus relaciones con personas de trato frecuente, en negocios, en los trabajos artesanales, el uso de electrodomésticos, etc.)¹² y en determinados trabajos colectivos materiales (construcción de casas y carreteras, organización de viajes interplanetarios, etc.).

Por esa diferencia esencial que existe, inevitablemente, entre el pensamiento científico

11 La multiplicidad de sentidos a que responde, en usos corrientes y en los académicos, el término "racionalidad" es realmente enorme (cf. Haba 1988), por lo cual a continuación trato de señalar, brevemente, la acepción hacia la cual me oriento aquí.

12 Cf. las ilevantables observaciones de Schumpeter sobre "La naturaleza humana en la política" (1974: 244-259).

y aquello que cree la "gente", el discurso de las ciencias sociales es racional, cuando consigue serlo, sólo en unos niveles del pensamiento que son *meta*-lingüísticos respecto a los discursos y conductas de los protagonistas reales del acontecer social. Estos, normalmente, se caracterizan antes bien por ser *poco* racionales. De ahí que la racionalidad de las ciencias sociales consista, en gran parte, precisamente en tomar conciencia, en niveles teóricos, acerca de la irracionalidad (¡ilevantable!) de los entramados sociales y de las actuaciones humanas que se dan en función de estos. El sociólogo es tanto más *realista* cuanto MENOS ilusiones se hace acerca de las posibilidades de que la conducta colectiva sea guiada por patrones de racionalidad en general.

Un "consejo", por llamarlo así, que sea racional, no tiene efecto sino sobre oyentes no menos racionales. Por eso, suponiendo —lo que no es poco conceder— que los informes de unos científicos sociales ofrecen las soluciones más racionales a los problemas prácticos considerados, tanto *menos* posibilidades habría de que se consiguiera hacer que estos consejos fueran llevados a la práctica. Para que la gente haga caso... ¡más bien hay que brindar consejos que sean lo bastante *poco* racionales! Sólo así conseguirán tal vez ser escuchados, y hasta aplaudidos¹³. Los destinatarios de esas recomendaciones, no menos entre las autoridades públicas que en la sociedad civil, no suelen tener un interés real —quiero decir:

visto como interés *propio* por parte de ellos mismos— de *esforzarse*, y mucho menos de sacrificarse en su caso, por seguir tales consejos. Hay que mudarse a la luna de que disfrutan los creyentes en los caminos que proponen Habermas-Apel, Rawls, etc., para vislumbrar una sociedad capaz de ser encaminada por motivos de racionalidad propiamente; sean los de una verdadera "razón instrumental" (racionalidad formal, en el sentido de Max Weber), científicamente elaborada, o mediante unos "discursos" dialógicos (Habermas) sobre qué sea más razonable en cada caso.

"Nuestro intelecto sólo puede laborar correctamente cuando se halla sustraído a la acción de intensos impulsos sentimentales; en el caso contrario, se conduce simplemente como un instrumento en manos de una voluntad y produce el resultado que esta última le encarga. Así, pues, los argumentos lógicos serían impotentes..." (Freud 1970: 109-110; véase la continuación de estas palabras en el segundo de los fragmentos del mismo autor transcritos en nuestro epígrafe, *supra*). Y lo cierto es que, como dice Freud, ni siquiera tienen ahí la última palabra unos *intereses* secundados por una razón instrumental obrando en función de ellos, sino que "los pueblos obedecen mucho más a sus *pasiones* que a sus intereses. Cuando más, se sirven de sus intereses para racionalizar sus pasiones..." (*ibid.*: 110 —el destacado es mío, E.P.H.—).

"Mientras más hondas son las pasiones, más difícil se hace la racionalización [entiéndase aquí: el pensamiento *racional*, no se trata de las "racionalizaciones" en el sentido técnico que a este término le da Freud] y mayor es la eficacia de la propaganda. [...] Finalmente, mientras más importante sea una cuestión en la lucha por la riqueza y el poder, más enérgicos serán los esfuerzos ofusadores por parte de los propagandistas, confesos o clandestinos, y más difícil será que un buscador genuino de la verdad consiga encontrar una audiencia" (Andreski 1975: 124). [Los anunciadores han demostrado ampliamente que se pueden influenciar las actitudes de la gente mucho más eficazmente jugando con asociaciones vagas de imágenes, que por medio de argumentos lógicos sobrios. La futilidad de estos últimos como método para movilizar a las masas había sido reconocida ya por Aristóteles en su *Retórica*" (*ibid.*: 205). Véase también el sitio indicado en la nota 12, *supra*, y Debray (1983) *in toto*.

Los "buenos consejos" de los científicos sociales no son cosas que, *en la práctica*, le

13 "La forma más simple de evadirse consiste siempre en no preocuparse indebidamente de la verdad y [¡por el contrario!] contarle a la gente lo que ésta desea oír, mientras el secreto del éxito reside en ser capaz de adivinar qué es lo que ella quiere escuchar en un determinado momento y lugar" (Andreski 1973: 37). "[L]a posición de un 'experto' en el estudio de la conducta humana se asemeja a la de un brujo que puede hacer crecer las cosechas o caer la lluvia mediante el susurro de un encantamiento. Y a causa de que los hechos de los cuales se ocupa son raramente verificables, sus clientes pueden pedir que se les cuente lo que desean escuchar y castigarán al adivino poco cooperativo que insista en decir lo que preferirían ignorar..." (*ibid.*: 28). Todo eso lo saben muy bien los propagandistas políticos, así como tampoco lo ignoran (o están condenados a aprenderlo muy pronto) aquellos científicos sociales que toman a su cargo labores en los partidos.

importan ni mucho ni poco a los protagonistas de la vida en sociedad. Ni a los propios sociólogos eso les importa demasiado, probablemente, cuando sus intereses personales están en juego: véase, sin ir más lejos, cómo ellos se aferran a su ideología profesional, al mito de la Misión. En efecto, los

“supuestos de elección racional, argüía [Herbert A.] Simon, tienen poco que ver con seres humanos de carne y hueso. Las principales dificultades –y en esto Simon se basaba en su labor en la ciencia de los computadores– son los límites humanos de la memoria y la facultad de cálculo, así como los múltiples objetivos en conflicto para la resolución de problemas” (Bell 1982: 105).

Y eso no es todo. Resulta fundamental asimismo el hecho de que los individuos de la especie humana son, antes que nada, unos seres de naturaleza emotiva y simbólico-mitologizante; son básicamente crédulos y, además, egoístas. Por lo general no son del tipo razonador, ni suelen actuar en forma abnegada. En fin, sea por lo que fuere, está más allá de toda duda, para cualquier observador medianamente atento y desprejuiciado, que el papel real de los “consejos” dados por los sociólogos es de lo más modesto, se queda bastante lejos de tener esa importancia de la que estos nos quieren convencer.

La causa de fondo de todo ello es que, como dice Debray (1983: 193-212), las instituciones sociales no son unos “aparatos” (máquinas); funcionan más bien a la manera de los “cuerpos” (organismos). Por eso, no pueden ser objeto de planificaciones propiamente dichas. No constituyen el resultado finalísticamente programado de las intervenciones de una razón instrumental, sino que obedecen a dinámicas propias que son extrarracionales, no manipulables por parte de una “ingeniería social” o algo por el estilo. Los discursos científicos, por un lado, y los discursos que se integran en la conducta social corriente, por el otro, pertenecen respectivamente a dos “regiones” (Wittgenstein) del lenguaje que responden a dinámicas completamente distintas. Los “juegos de lenguaje”/“formas de vida” (Wittgenstein) del primero se rigen por reglas

que prácticamente resultan incompatibles con las dominantes en el segundo: respectivamente, racionalidad (“frialdad”, finalidad teórica) y emotividad (mitos, intereses). La distinción de Debray entre *aparatos* –técnicas científicas, racionalmente ordenadas de medios a fines– y *cuerpos* –carácter extrarracional de los fenómenos vitales, espontaneidad de sus orientaciones propias– destaca esta diferencia categorial insalvable. Se trata de dos universos sociolingüísticos inconmensurables.

“Si se entiende por aparato una disposición de elementos materiales reunidos en un todo *con el fin* de ejecutar un trabajo determinado, se convendrá que un partido o una iglesia, como por lo demás una nación [y en general cada una de sus instituciones], no existen como aparatos. Este tipo de comunidades responde a una lógica diferente a su lógica manifiesta; y su comportamiento, a una racionalidad diferente de las que le han conferido sus miembros. Quizá son árboles tomados por relojes” (Debray 1983: 200-201).

“Los cuerpos de los que hablamos, pueden compararse a organismos en cuanto que obedecen a leyes de desarrollo y de supervivencia independientes de la voluntad y de la conciencia de sus miembros. Una Ciudad, una orden, una Iglesia, un partido se conservan, se regulan y se reproducen *motu proprio*. El individuo no es el *primun movens* de su ideología, está movido por ella. Y está siempre disponible para aquello de lo que no dispone (o que se impone a él). ‘La inteligencia, decía un hombre inteligente, puede matar un toro, pero no poner un huevo’ (E. Berl). Igualmente, la inteligencia puede en rigor destruir una comunidad, pero no dar nacimiento a una comunidad. Puede hacer saltar el planeta, no rehacer otro” (*ibid.*: 203).

“El recurso al modelo técnico constituye una manera pre-política de plantear el problema político. [...] La acción política es por naturaleza la que desencadena reacciones incontrolables, y, en primer lugar, porque el propio agente no se controla. El frío cálculo de intereses –base de la *Realpolitik*, esa abstracción especulativa– designa lo que la política debería ser si fuese una técnica: hay, por supuesto, técnicas políticas (del golpe de Estado, de la propaganda, de la acción clandestina, de la opinión, etc.), pero esos saber-hacer están subordinados a un no-poder primero, de orden bioenergético. [...] De donde deriva que una ciencia social –*a fortiori*, una ciencia de las sociedades– no puede tener eficacia política directamente en tanto que ciencia. La idea de una transformación ‘científica’ de una sociedad dada supondría que

los transformadores (decisores y ejecutantes) estuviesen en situación de exterioridad con relación al objeto 'Sociedad', o al aparato 'Estado', como el físico detrás de su láser, o el matemático ante su pizarra. [...] Un organismo social puede estar materialmente sujeto a la acción de una fuerza física procedente de afuera (militar o natural, agresión o cataclismo), pero no puede ser políticamente transformado, alterado o reformado, sino desde adentro, por sujetos sociales que él mismo ha organizado y socializado, es decir, sometido. Imposible salir de esa rueda..." (*ibid.*: 205-206).

"En resumen: la idea de 'práctica política' es una ilusión, porque procede de una extrapolación de la actividad técnica en un campo no técnico [una confusión de "gramáticas", diría Wittgenstein]. Se entiende por *práctica*, en el sentido general, 'todo proceso de transformación de una materia prima dada en un producto determinado, por un trabajo humano que utiliza medios de producción determinados' (Althusser); y, por tanto, por 'práctica política', 'una transformación de relaciones sociales dadas en nuevas relaciones sociales producidas por medio de instrumentos políticos'. [...] Una práctica supone la exterioridad de su sujeto a su objeto, así como la distinción del medio y del fin. En el terreno político, esos términos son indisolubles. Cada sujeto de una práctica política es el objeto de la práctica de otro sujeto, al mismo tiempo que es actuado por su propia acción. Cada miembro de una organización es a la vez medio y fin para sus otros miembros, y la misma organización es para el conjunto de sus miembros fin y medio. [...] Hay técnicas políticas localizadas y subsidiarias, pero la actividad política no es una técnica entendida como 'un conjunto de procedimientos definidos y transmisibles destinados a producir ciertos resultados juzgados útiles'. Inútil evocar lo arbitrario o la parcialidad de los juicios de utilidad (un resultado útil para el obrero, no lo es necesariamente para el empleado, y ciertamente no para un cuadro superior [directores, gerentes, etc.] de la empresa privada: a cada uno sus utilidades). Suponiendo que hubiese acuerdo o consenso, en una sociedad y en un momento dados, sobre los resultados que producir –hipótesis de escuela, cuya sola verificación significaría que la actividad política ya no tiene objeto ni razón de ser–, los medios de obtener tales resultados seguirían siendo irreductibles a *procedimientos*, recetas o métodos normalizados [estandarizados], sino [que estarían] como emparentados por delante a *procesos* –fenómenos que tienen su propio principio de actividad interna–. Hay procedimientos de organización, pero una organización es un proceso [*i.e.* un "organismo"]. Hay tinglados políticos, pero nadie puede decir si el que los maneja no es

manejado por ellos. ¿Quién se sirve de quién? ¿Quién manipula lo qué?" (*ibid.*: 207-208).

"... la patología política conoce males incurables, que se distinguen de las enfermedades del mismo nombre por el hecho de que hacen vivir a sus pacientes. Por tanto, no hay que asombrarse de que la mayoría de estos se nieguen a curarse. Prefiriendo, sin duda, las enfermedades de la creencia a la incredulidad que vuelve a las almas muertas y disgrega los cuerpos (políticos)" (*ibid.*: 209). "Por tanto, es racional que exista lo irracional en los grupos, pues si no existiese, ya no habría grupos. Es positivo que haya mística, pues una sociedad desmistificada sería una sociedad pulverizada. [...] El 'secreto' de los hechos humanos no hay que buscarlo entonces en la economía política, como tampoco en una nueva economía de lo político, por la sencilla razón de que ese secreto es teológico... Dios no existe, pero nosotros estamos políticamente condenados a una existencia colectiva de esencia teológica [Nación, Patria, Bien Común, etc.]; y a hacernos teólogos para comprender algo en nuestra vida política inmediata" (*ibid.*: 225-226). Cf. también la cita de Debray (1983: 55) recogida en nuestro epígrafe. *Vid.* además Berger/Luckmann (1968 esp. cap. II.2)

Un buen ejemplo de esa confusión entre organismos y máquinas es precisamente el empleo, criticado por Andreski (1973: 214-216), de "los modelos cibernéticos en la sociología y las ciencias políticas [que] se apoyan sobre analogías descabelladas entre la organización social y las máquinas, donde las personas o sus funciones son equiparadas con partes de servomecanismos (214). Una de las triquiñuelas más sutiles en esta estrategia consiste en apartar la atención de los conflictos que inevitablemente se plantean dentro de cualquier organización en conexión con el problema de los fines que debiera perseguir, o que de hecho persigue. Un modelo cibernético de la política como un mecanismo con fines predeterminados excluye por definición la consideración de la política como un escenario en el que grupos e individuos luchan para determinar qué valores, opiniones e intereses prevalecerán o, en un nivel más prosaico, para ver quién obtiene qué, cuándo y de qué modo. Más aún, la idealización cibernética desestima la posibilidad (que en la vida real es más bien una norma que una excepción) de que una organización, instituida para servir a un cierto propósito, deje de hacerlo, adquiera una cierta autonomía y se embarque en una política de autoexpansión, a expensas de las personas o grupos que la constituyeron. En un servomecanismo no puede ocurrir una perversión semejante de un objeto original; y al insistir en las analogías cibernéticas, los

teóricos ayudan a encubrir la naturaleza real de la organización humana..." (215). Sobre falaciosos discursos respecto a los "fines" u "objetivos" de una institución, cf. además Haba 1993.

En síntesis.— Porque los científicos sociales no son "maquinistas", la dimensión *práctica* de lo político-social resulta ser básicamente ajena, en sí misma, a las directivas de cualquier programación *propriadamente* científica, en todo aquello que no responda al vaivén de su espontaneidad "orgánica". Pero esta, por su propia naturaleza, es muy poco adaptable a la coherencia de una verdadera racionalidad instrumental. Lo social es inmune a cuanto no respete los inconsistentes objetivos de sus protagonistas; esto es, a cuanto no se pliegue a las irrationalidades que se imponen en sus conductas individuales y en las relaciones entre ellos. De ahí que, en definitiva, una *ciencia* social "práctica" constituye algo así como una *contradictio in adjecto*, es toda una tan irremediable como estéril autocontradicción.

BIBLIOGRAFIA

- Andreski, Stanislav (1973). *Las ciencias sociales como forma de brujería*. (trad. Juan Carlos Curutchet): Madrid, (col. Ensayistas Nº 102), 291 p.; ed. ingl. 1972.
- Bell, Daniel (1984). *Las ciencias sociales desde la segunda Guerra Mundial*. (trad. Néstor Míguez): Madrid, Alianza Editorial (col. Alianza Universidad Nº 406), 129 p.; ed. ingl. 1982.
- Berger, Peter L. (1967). *Introducción a la Sociología. Una perspectiva humanística*. (trad. Sara Galofre Llanos): México, Limusa, 1977 (4ta. ed., 1ra. reimpresión), 269 p.; ed. ingl. 1963.
- Berger, Peter L. y Luckmann Thomas (1968). *La construcción social de la realidad* (trad. Silvia Zuleta, revisión técnica Marcos Giménez Zapiola): Buenos Aires, Amorrortu, 1976 (4ta. ed.), 235 p.; ed. ingl. 1966.
- Debray, Régis, *Crítica de la razón política*. (trad. [con muchos defectos] Pilar Calvo): Madrid, Cátedra, 402 p.; ed. franc. 1981.
- Freud, Sigmund (1970). *El malestar en la cultura y otros ensayos* (trad. Ramón Rey Ardid et al.): Madrid, Alianza Editorial (col. El Libro de Bolsillo 280), 1984 (10ma. ed.), 240 p.; el ensayo "El malestar..." se publicó or. en al. en 1930.
- Haba, Enrique P. (1988). "Rationalité": en *Dictionnaire d'Eguilles*. (Dictionnaire Encyclopédique de Théorie et de Sociologie du Droit), pp. 337-340: París, L.G.D.J., 1988.
- Haba, Enrique P. (1990). "Racionalidad y método para el derecho: ¿es eso posible?": en *Doxa. Cuadernos de filosofía del Derecho*, Alicante (españa), Nos. 7 y 8, pp. 169-247 y 241-270; una versión revisada y ampliada del mismo trabajo se publicó en *Revista de Ciencias Jurídicas*, Nºs. 66 (mayo-agosto 1990) y 67 (setiembre-diciembre 1990), pp. 67-134 y 169-244, San José (Costa Rica), 1991.
- Haba, Enrique Pedro (1993), "Tres discursos para la Escuela de Ciencias Políticas. De la fantasía curricular (II): La retórica de los 'objetivos': en *Revista de Ciencias Sociales*, Nº 62 (diciembre 1993), pp. 23-26, San José (C.R.), 1994
- Haba, Enrique Pedro (1994), "Metodologías, métodos, metodologismo. Prolegómenos a una crítica de la concepción 'misionera' en los científicos sociales": en *Revista de Ciencias Sociales*, Nº 64 (junio 1994), pp. 109-119, San José, (C.R.).
- Muguerza, Javier (1977). *La razón sin esperanza*. Madrid, Taurus (col. Ensayistas 148), 291 p.
- Pitkin, Hanna Fenichel (1994). *Wittgenstein: El Lenguaje, la Política y la Justicia. Sobre el significado de Ludwin Wittegenstein para el pensamiento social y político* (trad.. Ricardo Montoro Romero):

- Madrid, Centro de Estudios constitucionales (col. "El Derecho y la Justicia" 2), XXIV + 489 p.; ed. ingl. 1972.
- Schumpeter, Joseph (1974), "Dos conceptos de la democracia" (trad. E.L. Suárez): en *Filosofía Política* (comp. Anthony Quinton), pp. 234-289, Madrid, Fondo de Cultura Económica; corresponde a los caps. XXI y XXII del libro de Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, 3ra. ed. (1950; ed. or. 1942).
- Schutz, Alfred (1974), *Estudios de teoría social* (Arvid Brodersen, comp.; trad. Néstor Miguez, revisión Ariel Bignani): Buenos Aires, Amorrortu, 1974, 277 p. [esp. cap. 3: "El problema de la racionalidad en el mundo social"]; esta comp. fue publicada por primera vez en inglés, 1964.
- Sorokin, Pitirim A. (1964), *Achaques y manías de la Sociología moderna y Ciencias afines* (trad. Luis Rodríguez Aranda): Madrid, Aguilar, 459 p.; ed. ingl. 1956.

Enrique Pedro Haba Müller
Apdo. 598-2050
San Pedro de Montes de Oca
San José, Costa Rica